



«CARMELITAS», NO «ELIANOS»

Las Órdenes religiosas solían tomar el nombre o de su fundador: como los benedictinos, dominicos, franciscanos... O del lugar donde nacieron: como los cistercienses, camaldulenses y carmelitas.

San Elías no fue el fundador material de los carmelitas como lo fueron los de las grandes Órdenes Mendicantes que nacieron en el Medio Evo o en la Edad Moderna, pero sí fue su Padre espiritual pues cuando ellos nacen a finales del siglo XII tratan de imitar su vida tal como la recordaban los Libros I y II

de los Reyes y como la vivían las tradiciones en aquel bendito Monte Carmelo que ellos comenzaron a habitar.

Hay que recordar que hasta la mitad del siglo XX se defendía en la Orden y fuera de ella la sucesión hereditaria de S. Elías Profeta hasta el último Padre General de la Orden del Carmen. Autores de gran renombre y la misma Iglesia defendían esta sucesión hereditaria de nuestro Padre San Elías. La misma santa Teresa de Jesús (†1582) recordaba en sus libros *Fundaciones y Moradas*: «Tengamos delante nuestros fundadores verdaderos, que son aquellos santos Padres de donde descendimos. Pongan siempre los ojos en la casa de donde venimos, de aquellos santos profetas. ¡Qué de santos tenemos en el cielo, que trajeron este hábito!». (1F 29, 33 y 5M 1,3).

A pesar de este origen espiritual y tenerle como Padre o Mentor del Carmelo nunca se llamaron sus hijos o sucesores «elianos» sino «carmelitas», procedentes del Monte Carmelo, es decir, «*Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo*» como se les llamará desde los orígenes e incluso los Papas concederán indulgencias a quienes así les llamen (Urbano VI el 26.4.1376).

El P. Balbino Velasco, historiador del Carmelo, ha escrito sobre el particular: «Creemos que en España quien contribuyó más eficazmente a desmontar las leyendas en torno al origen de la Orden fue el P. Enrique Esteve (†1990). Al abordar el problema insistió fundamentalmente, en su *Historia de la Orden del Carmen*, en los vínculos espiri-

tuales de la Orden con el profeta Elías y por supuesto, ni siquiera admite la posibilidad de una sucesión ininterrumpida; es más, advierte que algún eslabón, como el de los esenios, a quienes los antiguos historiadores consideraban sucesores de los hijos de los Profetas, y por consiguiente del profeta Elías, ni siquiera debe considerarse de origen judío.

Aparte de cuanto escribió en la obra citada, su magisterio oral en conferencias y clases fue en este sentido luminoso. Profundo conocedor de la Sagrada Escritura -era doctor por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma- con el mayor respeto hacia el valor de las tradiciones inculcó la necesidad de distinguir cuidadosamente los campos de la historia y de la leyenda.

En nuestros días puede afirmarse que el problema está superado. No se admite la sucesión hereditaria desde el profeta Elías; se insiste, en cambio, en gran manera, en el mensaje del profeta: presencia de Dios, fidelidad a la Palabra divina, celo desbordante». (*Hª del Carmelo español*, I, Roma, 1990, 52).

Hoy es de todos admitido que el origen de la Orden del Carmen se debe a un grupo de hombres que quieren consagrarse a Dios en la misma Tierra donde nació, vivió y murió Jesucristo por nosotros. Este grupo formado por ermitaños, cruzados y peregrinos se reunieron en el Monte Carmelo a finales del siglo XII, finalizada la segunda Cruzada en 1192.

PODEMOS PREGUNTAR: ¿Qué significa la palabra **carmelita**? Hace más de seis siglos que ya contestaba a esta pregunta, con una curiosa interpretación, *Juan de Hildeheim*, secretario de S. Pedro Tomás, historiador y apologeta (nn. 34 y 21):

*Si te sientes **carmelita**
lo indigno de tal evita.
¿Saber tu nombre apetece?
Es tres letras por tres veces:
las tres primeras **car** son;
las tres del medio hacen **mel** ;
ita son las otras tres:
Ita es **así** afirmación.
car te quiere sin maldad
firme siempre en **caridad**
mel sea siempre en tu mente
miel de virtud excelente.
Pues **ita** dice que **así**,
afirme tu vida : ¡**Sí!***

«El Carmelo está llamado a ser un oasis de contemplación y de espiritualidad, donde el hombre del dos mil pueda encontrar los auténticos valores del espíritu»

(Juan Pablo II)